

LECCION XXI.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA ESPERANZA.

Definicion de la esperanza. — Sus fundamentos. — Su necesidad. — Sus cualidades. — Pecados opuestos á la esperanza. — Objeto de la esperanza. — Gracia, gloria. — Necesidad de la gracia. — Cooperacion á la gracia. — Diferentes especies de gracia. — Efectos de la gracia.

Uniendo nuestro espíritu al espíritu del nuevo Adan por medio de la fe, nos curamos de nuestros errores y de nuestra ignorancia: bajo el primer aspecto, participamos de los frutos de la redencion; mas por importante que sea, aquella union no es bastante. La fe sola no puede salvarnos, y la razon de ello es muy sencilla, pues por la fe sola nuestra union con el Salvador no está mas que empezada. Es preciso que nuestra voluntad se una con él, porque no solo fué degradada con el pecado nuestra inteligencia, y debe por consiguiente ser restablecida en el órden sobrenatural, sino tambien nuestra voluntad. Así pues, si la fe rehabilita nuestro espíritu librándole de la ignorancia y comunicándole los divinos pensamientos del nuevo Adan, la esperanza rehabilita nuestra voluntad comunicándole una fuerza sobrenatural y tendencias divinas.

Nos ocuparemos ahora de esta segunda manera de unirnos á Jesucristo, y la esperanza va á ser el objeto de nuestras lecciones. La esperanza ocupa el medio entre la fe y la caridad; y la fe, la esperanza y la caridad son, como hemos dicho, á ejemplo de san Agustín y de santo Tomás, los tres grados que nos elevan hasta la union con el nuevo Adan. La esperanza participa de la fe, en cuanto se apoya en ella, y participa de la caridad, en cuanto en esta se halla su perfeccion. « La fe, dice Orígenes, es la base del edificio, la esperanza es el cuerpo, y la caridad el remate ⁴. » Con esto es fácil ver que estas

⁴ Puto quod prima salutis initia, et ipsa fundamenta fides est; profectus vero et augmenta ædificii spes est, perfectio autem et culmen totius operis caritas est, et ideo major omnium dicitur caritas. (Orig. in epist. ad Rom. capite 4.) Orígenes, lo mismo que nosotros, no quiere decir con esto que la fe es la primera gracia: proposicion condenada. — Fides absolute præcedit spem... objectum enim spei proponitur nobis per fidem, per quam nobis innotescit quod ad vitam æternam possumus pervenire, et quod ad hoc paratum est nobis divinum auxilium... In via generationis spes est prior caritate... Spes enim introducit caritatem in quantum aliquis sperans remunerari à Deo accenditur ad amandum Deum et servandum præcepta ejus. Sed, secundum ordinem perfectionis, caritas prior est naturaliter, et ideo, adveniente caritate, spes perfectior redditur, quia de amicis maxime speramus. (S. Thom. 2, 2, q. 17, art. 7 et 8.)

tres virtudes, como tres hermanas, se suponen, se atraen, se dan la mano y se perfeccionan mutuamente. Estas esenciales nociones demuestran claramente la unidad de nuestro plan, y la economía á la vez tan sencilla y fecunda de la obra de la redencion. Estudiemos ahora la esperanza en sí misma, y para ello contestemos á las siguientes preguntas: 1º. ¿En qué consiste la esperanza? 2º. ¿Cuáles son sus fundamentos? 3º. ¿Es necesaria? 4º. ¿Cuáles son sus cualidades? 5º. ¿Qué pecados le son opuestos? 6º. ¿Cuál es su objeto? 7º. ¿Por qué medios se obtiene?

1º. ¿EN QUÉ CONSISTE LA ESPERANZA? — La ESPERANZA es una virtud sobrenatural por la que esperamos con confianza todo lo que Dios nos ha prometido. Decimos que la esperanza es una virtud, es decir, una fuerza, una aptitud, un don divino que dispone el alma para esperar con seguridad; sobrenatural, porque viene de Dios, porque tiene por objeto bienes que el hombre no puede alcanzar por sí mismo, y á los cuales no tiene derecho alguno por su naturaleza. Sin embargo, como ya hemos explicado en la parte I del Catecismo, habiendo Dios destinado gratuitamente al hombre para un fin sobrenatural, le ha prometido los medios de conseguirlo. Todo lo que Dios nos ha prometido; es decir, la posesion de sí mismo en el cielo y los medios de alcanzarla; en otros términos, la gracia en este mundo y la gloria en el otro.

2º. ¿CUÁLES SON LOS FUNDAMENTOS DE LA ESPERANZA? — Los fundamentos de nuestra esperanza son la fidelidad de Dios á sus promesas y los méritos de Nuestro Señor. La fidelidad de Dios; nada mas sólido que este primer fundamento. Dios no puede engañarnos, así como no puede cesar de ser Dios, y Dios nos engañaria si faltase á sus promesas, pues estas son formales, repetidas mil veces, y acompañadas de juramento. Para tranquilizarnos completamente y hacer de nuestra esperanza un áncora inmóvil, añadiremos que á las promesas se juntan en Dios todas las condiciones necesarias para cumplirlas: la omnipotencia, la sabiduría y la bondad infinita. Omnipotente, nada puede impedirle el cumplimiento de sus promesas; infinitamente sabio, nada puede hacérselas olvidar, así como no puede ignorar nuestras demandas ni desconocer nuestras necesidades; infinitamente bueno, no puede ni quiere engañarnos. Así pues, como un edificio sobre su base, la esperanza reposa en primer lugar en la omnipotencia, la sabiduría, la bondad infinita y la fidelidad de Dios, inmutables perfecciones á las cuales tributa un solemne homenaje.

En segundo lugar descansa en los méritos de Nuestro Señor: de una parte, estos méritos son infinitos, y bastan por consiguiente para obtenernos todo lo que es necesario á nuestra salvacion; y de otra, estos méritos son nuestros, y por tanto podemos aprovecharlos y servirnos de ellos con toda confianza. El precio de todas las gracias que solicitamos está pagado de antemano, y el mismo Dios lo ha aceptado

y ha convenido en otorgarnos cuanto le pidiéremos por los méritos de su Hijo. Solo una cosa puede turbar nuestra seguridad, y es nuestra indignidad y nuestra inconstancia, y de aquí dimana que mientras estamos en la tierra, no podemos tener una certeza absoluta de nuestro estado delante de Dios; decimos una certeza absoluta, pues podemos muy bien abrigar una certeza moral de que nos hallamos en estado de gracia, y esta certeza basta para tranquilizarnos. La prueba de que se puede tener esta seguridad moral está en que la Iglesia ordena á todos sus hijos el comulgar, y se guardaria muy bien de imponerles semejante mandato, si no podian asegurar, en cuanto es posible en el órden actual de la Providencia, que se hallan en la amistad de Dios.

3º. ¿ES NECESARIA LA ESPERANZA? — La esperanza es de una necesidad absoluta para la salvacion; pues no podemos conseguir la salvacion sin cumplir la voluntad de Dios. La voluntad expresa de Dios es que creamos en su fidelidad á sus promesas, y que esperemos con confianza la beatitud eterna con los medios de alcanzarla. No esperar en Dios, ¿no es acaso hacerle el mas sangriento ultraje? Existe, pues, un precepto formal, directo, que nos impone á todos el deber riguroso de esperar y de hacer actos de esperanza ¹. Cada página de la Escritura nos lo intima. Entre las transgresiones de que se hizo cargo á Saul, pene Dios la violacion de este mandato: *Por no haber esperado en el Señor, dice, por esto le quité la vida* ². San Pablo escribiendo á Timoteo le decia: *Ordena á los fieles que no esperen en las riquezas inciertas, sino en el Dios vivo* ³. En su epístola á los Hebreos se expresa, á lo que creo, de un modo aun mas positivo. *Es necesario, dice, que el que se llega á Dios, crea que hay Dios, y que es remunerador* ⁴. *Es necesario*, hé aquí el precepto; *remunerador*, hé aquí la obligacion de esperar de Dios la beatitud eterna. El deber de la esperanza es de tal suerte imperioso, que es la condicion indispensable de nuestra salvacion: *Por la esperanza somos salvados*, añade el gran Apóstol ⁵. No solo estamos obligados á conservar la esperanza habitual que hemos recibido en el Bautismo, sino que debemos practicar actos formales de esperanza. Las circunstancias en que debemos hacerlo son: 1º. cuando llegamos á la edad de la razon; 2º. cuando nos vemos asaltados por alguna tentacion grave de desesperacion; 3º. cuando nos encontramos en el artículo de la muerte, y finalmente otras muchas veces durante el curso de la vida, como lo hemos explicado al hablar de la fe.

4º. ¿CUÁLES SON LAS CUALIDADES DE LA ESPERANZA? — La esperanza

¹ S. Thom. 2, 2, q. 22, art. 1.

² I Par. x.

³ I Tim. vi.

⁴ Hebr. xi, 6.

⁵ Spe salvi facti sumus. (Rom. viii, 24.)

debe ser sobrenatural, firme y universal. Sobrenatural; para lograr la beatitud eterna debemos contar con la bondad, poder y sabiduría de Dios, y con la fidelidad á sus promesas, lo mismo que con los méritos infinitos de Nuestro Señor; el que contase para su salvacion con sus buenas obras ó con el apoyo de alguna criatura, excluyendo el auxilio sobrenatural y gratuito que Dios nos da con la gracia, no solo no tendria una verdadera esperanza, sino que pecaria mortalmente contra la fe y contra la esperanza. No quiere esto decir que no debamos hacer buenas obras ni contar con ellas; mas las debemos considerar únicamente como medios secundarios cuya fuerza dimana toda de la gracia. En efecto, puesto que la vida eterna se nos propone como una corona, y que no será coronado sino el que haya combatido con valor, es evidente que, para obtenerla, nuestras buenas obras son exigidas, no, repetimos, como son en sí y separadas de la gracia, sino como hechas con el auxilio de Dios ¹.

La esperanza debe ser firme. Debemos esperar con una seguridad que nada pueda alterar los bienes que Dios nos ha prometido, porque nada iguala ni la fidelidad de Dios á sus promesas, ni su voluntad y poder para cumplirlas, ni los méritos de Nuestro Señor aceptados por él como precio del cielo que nos está reservado y de la gracia para obtenerlo. Sin embargo, si por parte de Dios nuestra esperanza debe ser firme, no sucede lo mismo respecto de nosotros mismos, á causa de nuestra inconstancia; para darle aquel carácter en cuanto es compatible con la debilidad humana, es preciso, como dice san Pedro, esforzarnos con nuestras buenas obras y práctica fiel de todos nuestros deberes en hacer que nuestra vocacion á la felicidad eterna sea mas y mas cierta ².

La esperanza debe ser universal, es decir, extenderse á todo lo que Dios nos ha prometido sin excepcion ni disminucion, pues esperar el cumplimiento de una promesa, y no esperar con igual confianza el cumplimiento de otra, seria destruir la esperanza, la que reposa sobre un fundamento único. Como la fe, la esperanza no puede dividirse; existe entera, completa y universal, ó no existe.

5º. ¿CUÁLES SON LOS PECADOS OPUESTOS Á LA ESPERANZA? — ¿Acaso es posible pecar contra una virtud que debe sernos tan dulce á nosotros, tristes desterrados en este valle de lágrimas? ¡Ah! sí, y puede pecarse contra la esperanza de dos maneras, por exceso ó por defecto, por presuncion ó por desesperacion. 1º. Pecan por presuncion los que creen poder obtener el perdón de sus pecados sin renunciar á ellos ni detestarlos; vivir cristianamente sin reprimir sus pasiones, sin meditar con frecuencia sobre las verdades de salvacion, sin frecuentar los Sacramentos y ponerse en estado de recibirlos dignamente; morir

¹ Mayol. *Præambul. ad Decal. q. 2, p. 336.*

² II Petr. i, 10.

con la muerte de los Santos sin llevar la vida de los justos, sin mortificarse y sin observar fielmente los mandatos de Dios y de la Iglesia. Los presuntuosos corren gran peligro de perder su alma; testigo de ello aquel pecador que vivía hacia mucho tiempo en el olvido de sus deberes y que tenía por costumbre decir: Tiempo tengo para convertirme; al fin de mi vida me salvaré con tres palabras. Un día que paseaba á caballo quiso pasar por un puente medio roto; su caballo se resiste, y para obligarle á avanzar le castigó con la espuela; el animal se encabrita y salta al agua, donde se ahogó el desgraciado jinete sin poder decir otra cosa que estas palabras de cólera y desesperación: *Vaya todo al diablo.*

Para corregirse de la presunción es preciso no olvidar esta advertencia del Sabio: *No digas, la misericordia de Dios es grande, de la muchedumbre de mis pecados tendrá piedad; porque su ira está tan pronta como su misericordia, y su ira mira á los pecadores*¹. Recuérdese que todos los Santos han hecho grandes esfuerzos para salvarse; que Nuestro Señor ha dicho que nadie sería coronado si no había valerosamente combatido; que para ser glorificado es necesario sufrir; que el camino del cielo es angosto y la puerta estrecha, y que el reino de los cielos debe conquistarse con violencia, tomarse por asalto

2º. Se peca contra la esperanza por defecto, cuando se omite el practicar actos de virtud en tiempo conveniente; cuando se abre e alma á la desesperación, ya porque se miren sus pecados como enormes ó numerosos en demasía para obtener su perdón; ya porque se consideren sus pasiones como violentas en exceso, ó sus malas inclinaciones como demasiado arraigadas; ya porque uno se aflija é inquiete desmesuradamente por la menor imperfección, como hacen los escrupulosos, quienes creen que Dios está siempre acechando para sorprenderles; ya finalmente porque no se confie bastante en la Providencia, y se abandone uno á inquietudes excesivas por las cosas necesarias á la vida. La desesperación es un estado horroroso: un Santo ha dicho que el pecado daba la muerte al alma, y que la desesperación ponía un insuperable obstáculo á su resurrección².

El remedio de la desesperación es representarse la infinita bondad con que Dios alimenta á los pájaros del cielo y hasta al más diminuto insecto, y sobre todo su misericordia que de nada se desdén, ni jamás se cansa; es recordar que ha perdonado á muchos y grandes pecadores; que jamás aparta la vista de los corazones contritos, y que no hay sino el pecado de impenitencia final que sea irremisible; es considerar la admirable facilidad con que perdonó á David, á la Magdalena, á san Agustín, á san Pedro; y habría perdonado al mismo

¹ Eccli. v, 6, 7.

² Perpetrare flagitium aliquod, mors animæ est; sed desperare est descendere in infernum. (S. Isid. *Lib. de serm. Bon.* c. 14.)

Judas, si Judas le hubiese pedido perdón; es alentarse leyendo la parábola de la oveja descarriada ó del hijo pródigo, ó la historia de la pasión de Nuestro Señor. En una palabra, es no olvidar que tenemos en Dios el más tierno de los padres, el cual desea sinceramente que todos sus hijos se conviertan y se salven; en Jesucristo un caritativo Salvador que nos amó hasta el punto de morir por nosotros, y que nos ama hasta el punto de entregárenos; en María, una madre llena de ternura, refugio de los más desesperados pecadores, y en los Ángeles y en los Santos poderosos protectores¹.

6º. ¿CUÁL ES EL OBJETO DE LA ESPERANZA? — El primero y más noble objeto de la esperanza es la beatitud eterna, ó en otros términos, la posesión de Dios y de los bienes de que es origen, durante toda la eternidad. Tal es el grado sublime á que se eleva la esperanza cristiana; salvando todos los espacios, dejando atrás todos los bienes criados, por grandes y seductores que sean, penetra, según la expresión de san Pablo, hasta en el santuario donde Dios contempla las maravillas de su ser; y, uniéndose con este Ser de los seres, se ase de él y no quiere separarse hasta que haya logrado su conquista y su eterna posesión².

El segundo objeto de la esperanza es la gracia, y en él van comprendidos todos los medios que nos son necesarios para lograr la beatitud eterna. Durante la vida, mientras nuestra alma se halla unida al cuerpo en la peregrinación de la tierra, debemos trabajar para obtener la vida eterna: de donde resulta que todo lo necesario á la vida del alma y á la vida del cuerpo es el objeto secundario de la esperanza. Dios, que quiere el fin, quiere también los medios, y hé aquí el por qué nos manda esperar en él y pedirle cada día la posesión de su reino, luego el pan, es decir, cuanto nos es necesario espiritual y corporalmente para trabajar, durante los días de nuestra vida mortal, á fin de conseguir la beatitud que nos ha sido prometida.

Así pues, es permitido pedir á Dios todos los bienes del alma y del cuerpo, pero solo en vista de nuestro último fin; pedirlos para reposar y complacerse en ellos sin hacerlos servir como escalones para subir al cielo, es una criminal alteración del orden, es la degradación del alma³. En dos palabras, la gloria, es decir, la posesión de Dios durante la eternidad, y aquí abajo la gracia que es el principio de la gloria, tal es el objeto de la esperanza cristiana⁴. ¡Qué son comparadas con esta todas las otras esperanzas!

¹ Véase S. Aug. *In Psalm.* xxxviii, n. 9.

² Spes incedit usque ad interiora velaminis. (*Hebr.* vi, 19.)

³ Proprium et principale objectum spei est beatitudo æterna... Quæcumque alia bona non debemus à Deo petere nisi in ordine ad beatitudinem æternam. (S. Thom. 2, 2, q. 17, art. 2.)

⁴ Quia et divina gratia Dei sit et largitio quodammodo ipsius divinitatis. (*Cassian. De Incarn. Chr.* lib. II, c. 6.) — Sic igitur per hoc, quod dicitur homo gratiam Dei habere, significatur quiddam supernaturale in homine à Deo proveniens. (S. Thom. p. 1, q. 110, art. 1.)

En la leccion anterior hemos hablado de la gloria, y otra vez hablarémos de ella en la última parte del Catecismo; réstanos, pues, tratar de la gracia que á la misma debe conducirnos. La contestacion que darémos á las siguientes preguntas bastará para enseñarnos cuanto debemos saber acerca de aquel inestimable presente de Dios: 1º. ¿Qué es gracia? 2º. ¿Nos es necesaria la gracia? 3º. La gracia sola ¿nos salva? 4º. La gracia ¿destruye nuestra libertad? 5º. ¿Cuáles son las diferentes especies de gracia? 6º. ¿Está siempre la gracia á nuestra disposicion? 7º. ¿Cuáles son los efectos de la gracia? 8º. ¿En qué consiste la excelencia de la gracia?

1º. ¿Qué es gracia? — La gracia es un auxilio ó don sobrenatural que Dios nos da gratuitamente en vista de los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, para alcanzar nuestra salvacion¹. La gracia es un don, es decir, un presente que Dios nos hace; una luz, una fuerza que comunica á nuestra alma y que completa su perfeccion; un don sobrenatural, esto es, superior á las fuerzas de la naturaleza, á las exigencias de toda criatura, de modo que no puede provenir de ningun ser criado, y que viene por consiguiente de Dios solo, consistiendo en una cierta comunicacion de sí mismo, comunicacion empezada en la tierra para ser consumada en el cielo²; que Dios nos da, es decir, á los hombres y á los Ángeles, quienes, siendo las únicas criaturas inteligentes, son las únicas capaces de recibir la gracia; gratuitamente, es decir, sin mérito alguno personal por nuestra parte y sin exigencia alguna de nuestra naturaleza. De aquí resulta que no pudiendo nosotros mere-

¹ Donum supernaturale creaturæ intellectuali gratis à Deo concessum intuitu meritorum Christi Domini, in ordine ad vitam æternam. (Montag. De Grat. art. 2.)

² Donum gratiæ excedit omnem facultatem naturæ, cum nihil aliud sit quam quædam participatio divinæ naturæ, quæ excedit omnem aliam naturam; et ideo impossibile est quod aliqua creatura gratiam causet. Sic enim necesse est quod solus Deus deificet communicando consortium divinæ naturæ, per quamdam similitudinis participationem, sicut impossibile est quod aliquid igniat, nisi solus ignis. (S. Thom. 1, 2, q. 112, art. 1.) — Gratia quæ est accidens est quædam similitudo divinitatis participata in homine. Id. 3 p. q. 2, art. 10.) — Assumptio quæ fit per gratiam adoptionis terminatur ad quamdam participationem divinæ naturæ secundum assimilationem ad bonitatem illius, secundum illud, II Petr. 1, 4: *Divinæ consortes naturæ*. (Id. id. q. 3, art. 4.) — Ex dictis hucusque, colliges ex S. Thoma aliisque post ipsum communiter theologis, supernaturalitatem primario et essentialiter consistere, tum in excellentia supra ordinem, exigentiam et vires activas, tum physicas, tum intentionales cujuslibet naturæ tam creatæ quam creabilis; id est, quod supernaturale dicitur, à nulla natura creata produci, aut intuitione cognosci potest; tum in mira Dei, ut in se est, communicatione, id est, in eximia quadam cum ipso Deo, qualis in se est spectato, conjunctione et unione; aut *realis et physica*, qualis est *hypostatica unio*; aut *intentionali proxima*, qualis est visio beatifica; aut *intentionali mediata*, et minus proxima, qualia sunt gratia sanctificans, virtutes theologice, aliaque hujusmodi dona, quæ ad assequendam ipsius Dei, sicut in se est, possessionem ex natura sua ordinantur, ac per se disponunt. (Montag. De Grat. art. 2.)

cer la primera gracia, es preciso que Dios nos la dé en su bondad previsorá. El aumento de gracia que merecemos por nuestras buenas obras proviene de la gracia concedida primitiva y gratuitamente, de modo que este aumento puede ser calificado á la vez de recompensa y de gracia: recompensa, en cuanto es el premio del mérito; gracia, en cuanto este mérito dimana de la gracia que en su principio, su raíz y origen, es absolutamente gratuita¹.

En vista de los méritos de Nuestro Señor Jesucristo. Dios es la causa eficiente de la gracia; su causa meritoria es Nuestro Señor inmolado, satisfaciendo é intercediendo por nosotros, de modo que fuimos enriquecidos con la plenitud de sus méritos². Sobre esto es preciso observar de paso cuán digna es de ser llamada sobrenatural y gratuita la gracia de Nuestro Señor, puesto que fué concedida no al hombre amigo, sino al hombre enemigo de Dios por el pecado. Para alcanzar nuestra salvacion; estas palabras indican la causa final de la gracia, es decir, el fin supremo por el que Dios nos la da. « En efecto, dice » san Agustín; siendo predestinados por la gracia somos llamados, » justificados y glorificados³. » Así pues, la gracia comunicada á nuestras almas es el principio de un nuevo ser, de una nueva vida que nos ennoblece, que nos eleva al comunicarnos cierto principio de la sustancia de Dios, para conducirnos á la consumacion de nosotros mismos sin él y á nuestra perfecta semejanza tambien con él⁴; de modo que, si es permitido emplear esta expresion, el hombre, lleno de gracia, es en la tierra un principio de Dios, y el Santo en el cielo es un Dios acabado. ¡Qué nobleza! ¡qué reconocimiento! ¡qué santidad!

2º. ¿Nos es necesaria la gracia? — Preguntar si nos es necesaria la gracia para alcanzar nuestra salvacion, equivale á preguntar si con solo las fuerzas de la naturaleza el hombre puede hacer algo superior á las fuerzas de la naturaleza; si el pájaro puede volar sin alas; si el astrónomo puede sin telescopio distinguir los astros que la simple vista no alcanza; en una palabra, equivale á preguntar si el hombre, criatura finita, puede por sus solos recursos lograr una felicidad infinita; sentada así la cuestion, está ya resuelta. Hé aquí por qué la Iglesia católica lanza su anatema contra el hombre asaz orgulloso, como el mismo Dios hirió con sus rayos á Lucifer, por atreverse á decir que sin la inspiracion del Espíritu Santo, obrando el primero en nos-

¹ Cum omne bonum meritum nostrum non in nobis faciat nisi gratia; cum Deus coronat merita nostra, nihil aliud coronat quam munera sua. (S. Aug. Epist. CXCIV, alias CV, n. 19.)

² De plenitudine ejus omnes accepimus. (Joan. 1, 10.)

³ Gratia enim est qua prædestinati vocamur, justificamur, glorificamur. (S. Aug. Epist. CXVII.)

⁴ Participes enim Christi effecti sumus, si tamen initium substantiæ ejus usque ad finem firmum retineamus. (Hebr. III, 14.)